

¡ PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS, SUPRIMID EJERCITOS, POLICIAS,  
PRODUCCION DE GUERRA, FRONTERAS, TRABAJO ASALARIADO !

# alarma

Nueva serie

Octubre 1963

Boletín nº 4

F O M E N T O   O B R E R O   R E V O L U C I O N A R I O

Núcleo M

## Las huelgas de Asturias y León

¡ P A S O   A   L O S   C O M I T E S   O B R E R O S !

Al escribirse este editorial, más de 60 días de huelga van transcurrido en las minas y en algunas industrias de Asturias y León. Después de las huelgas del año anterior, bajo una dictadura cuya bestialidad conocen bien los obreros, y en un mundo en que los sindicatos limitan las huelgas legales, siempre que pueden, a uno o dos días, si no a horas, o en caso contrario las venden a la primer oportunidad, un paro tan prolongado es una hazaña maravillosa. Y aun más que hazaña en sí mismo, es un acontecimiento repleto de promesas.

El proletariado astur y leonés ha sobrepasado con creces todas las luchas huelguísticas del mundo actual, no sólo en duración, sino también en reivindicaciones. Si bien las noticias son confusas y contradictorias aun procediendo directamente de los lugares de huelga, en algunos de éstos han aparecido demandas tales como incorporación de primas al salario fijo, disminución de las horas de trabajo con paga igual, aumento mayor para las categorías peor retribuidas. Y en todas partes, los obreros se rebelan contra los desplazamientos y despidos a voluntad de las empresas, reclamando también la reintegración de los deportados o encarcelados por motivo de huelga. Todas esas reivindicaciones dejan atrás cuanto los sindicatos de cualquier país ofrecen como objetivo de lucha. Atinan como reivindicaciones anti-capitalistas, necesitando sólo ser sistematizadas y completadas con otras (1). La ilegalidad de la huelga, poniendo al proletariado frente a frente a su enemigo de clase como un todo --capital, poder político y sindicatos verticales-- aguza la inventiva de su propio instinto de clase. De seguro que si hubiesen actuado como in-

(1) Véase nuestra proclama a los huelguistas, adjunta a este número de Alarma, más la publicada con motivo de los conflictos de 1962, y como explicación de las consignas propuestas, Requisitoria contra Franco y Ayer y Mañana, números 1 y 2, nueva serie.

termediarios sindicatos semejantes a los de Francia, Italia, etc., las reivindicaciones no tendrían ningún carácter anticapitalista y la huelga habría sido liquidada con cualquier compromiso sucio.

La asombrosa duración del paro y las incidencias que lo han caracterizado testimonian un espíritu de independencia del proletariado y un husmo político cuyos resultados positivos se harán sentir en futuras luchas, aun suponiendo que los de la actual fuesen por completo negativos. El desenvolvimiento del conflicto, visto en esquema, ha sido el siguiente:

Como siempre al declararse una huelga, el gobierno cerró los pozos e industrias afectados. Según las leyes franquistas eso significa el despido en masa de los obreros con pérdida de todos los derechos adquiridos en la empresa --de antigüedad u otros-- debiendo los huelguistas hacer nueva solicitud de empleo y reservándose la empresa, o sea el gobierno, la facultad de rechazar la solicitud y de eliminar del trabajo, según consejos de la policía o de sus delatores, a los hombres mas valerosos. Pero los huelguistas hicieron caso omiso de las admoniciones gubernamentales. Nadie solicitó trabajo. El "cierre indefinido de los pozos" tampoco despertó el menor eco entre los huelguistas. Entonces, el gobierno ordenó abrirlos cada lunes e invitó y presionó a los obreros para que se presentasen, prometiéndoles discutir a continuación sus demandas. Igual desdén impasible de los huelguistas, sobrado conscientes de que las discusiones a través de los sindicatos lo son en realidad entre representantes del mismo capital y de la misma dictadura. Por añadidura, la huelga del año pasado ha percatado a los mineros de su fuerza en la unanimidad de lucha, y les ha permitido comprender que aumentos de jornal basados en mayor explotación representan una ventaja enorme para el capital. A todo eso, los esbirros franquistas iban haciendo de las suyas, encarnizándose sanguinariamente con algunos para aterrorizar a todos. Mas tampoco consiguieron romper la huelga. En vista de ello, el gobierno ordenó abrir las minas toda la semana, prometiéndoles aquí y sugiriendo allí que no habría supresión de derechos para quienes se presentasen e insistiendo en "negociar" con los obreros. La concesión pretendía, evidentemente, dividir a los huelguistas, ya extenuados por dos meses sin paga. Nuevo desprecio, y maniobra contraproducente. Después de haber anunciado la vuelta al trabajo generalizada, el gobierno encontró el mismo o mayor número de huelguistas. Entonces, y sin duda para demostrar que no había mentido, intimó a cada huelguista personalmente y por escrito la orden de acudir a su puesto habitual de trabajo. Ignoramos si la reacción de los obreros ha sido la misma en todas partes, pero allí donde "obedecieron" continuaron en huelga de brazos caídos. En determinados lugares acopiaron víveres y se negaron a desalojar las minas. Para obligarlos a salir de ellas, finalmente, el gobierno recurrió a los gases lacrimógenos. En La Camocha y otras minas, a medida que los obreros iban saliendo la policía los maniataba dos a dos. Y encañonados por la espalda habrán sido puestos de nuevo a producir. Las noticias de la huelga cesan ahí. Franco no ha podido dar ningún comunicado de victoria. Los obreros si: han mostrado al mundo entero como puede lucharse en las peores condiciones y han forzado el gobierno a confesar, mediante sus actos, que el trabajo en la España actual es trabajo forzado.

El rasgo más notable de esta huelga es el soberbio desprecio de la masa proletaria por todos los ofrecimientos y socaliñas oficiales, por cualquier conducto que llegasen. Dentro de la aparente pasividad de un movimiento del que nadie habla en público, pero unánime, los huelguistas se mostraron intratables. Incluso las untuosas H.O.A.C., que procurando merecer la herencia sindical de Falange acudieron en congreso a Oviedo y ofrecieron su intercesión a los huelguistas, fueron desairadas. Por lo demás, esa pretendida organización obrera dispone de afiliados sólo en los medios beatos, no ciertamente explotados. En suma, habríase dicho que a los obreros les repugnaba volver al trabajo aunque hubiesen sido satisfechas todas sus reivindicaciones, proponiéndose continuar la huelga por la huelga misma, hasta el postrer esfuerzo.

Así es en cierto modo. El proletariado siente un asco profundo por todos y cada uno de los estamentos franquistas, comprendida esa iglesia que ahora luce moños obreristas. "No quiere saber nada" con ninguno de ellos y se complace en mostrarles su asco, que viene desde el fin de la guerra civil. Tiende a comportar-

se como si no existieran y reclama insistentemente actuar y organizarse a su albedrío. Su negativa a negociar por medio de las instancias franquistas --sindicato, ministro y tribunal del trabajo-- sus demandas de huelga, y en el trabajo su decisión de producir lo menos posible, ciscándose en primas y otros caza-esclavos, resumen su oposición general al capitalismo, no sólo a la dictadura.

Algunos afirman que lo que el proletariado está reclamando son sindicatos diferentes. ¿A la occidental? No defienden sino los derechos obreros útiles a la acumulación y expansión del capital. ¿A la rusa? Son iguales o peores que los de Falange. No; por cuanto ha hecho y necesita el proletariado está pidiendo la reanudación de la revolución social, de la obra interrumpida de 1936-37. Esta huelga, tras la gran oleada del año anterior, es antecedente cierto de futuras luchas en escala peninsular y una garantía de su orientación a la toma del poder político y de la economía por las masas. Frente a las diversas maniobras de sucesión no revolucionaria de Franco, los explotados se afirman otra vez como la única clase apta para hacer tabla rasa del sistema actual y tomar en sus manos el destino de la sociedad. La actitud del proletariado astur y leonés exige urgentemente una organización directa, para sacar adelante una huelga lo mismo que para empresas de mayor envergadura:

IPASO A LOS COMITES OBREROS DEMOCRATICAMENTE ELEGIDOS  
Y DESTITUIBLES EN CUALQUIER INSTANTE!

La represión únicamente ha impedido que se constituyesen esta vez. Los trabajadores deben esforzarse en crearlos, a despecho de ella, siquiera en forma restringida y clandestina.

^ ^ ^ ^ ^ ^ ^ ^

### E L P A C T O D E M O S C U

El regocijo con que ha sido festejado el acuerdo sobre la suspensión de experiencias de bombas nucleares en la atmósfera es en gran parte orquestado por la propaganda de los bloques militares. Ni el alcance ni el carácter del acuerdo lo justifican. Es un hecho bastante conocido que tanto Estados Unidos como Rusia están en condiciones de continuar agrandando su arsenal atómico y el calibre (megatones) de las bombas, sin nuevas experiencias atmosféricas o ionosféricas. Les bastan las explosiones subterráneas, que no han querido suspender, aunque también son deletéreas. Estaba todavía por ratificar el acuerdo, cuando nuevos artefactos eran ensayados en el subsuelo americano y poco después en el ruso. Por consecuencia, los dos abanderados del imperialismo han gratificado a las masas del mundo con la suspensión de unas experiencias que les son completamente superfluas.

Por añadidura, una de las cláusulas del acuerdo permite a cualquiera de las partes denunciarlo en todo momento. Las dos potencias atómicas se reservan así la "libertad" de poluir otra vez la atmósfera con radiaciones que todo lo penetran, hombres y animales la tierra y sus productos, causa de monstruosidades congénitas para los recién nacidos y de múltiples afecciones para los adultos. Bastará que una u otra potencia juzgue indispensables las explosiones atómicas a fin de obtener la superioridad militar, o sólo la igualdad, para que la tregua cese. Por ahora la superioridad pertenece evidentemente a Estados Unidos, pero se trata de una superioridad cuantitativa, igualable por Rusia con el tiempo. Caso de descubrirse nuevos procedimientos de fisión nuclear (liberación de energía mortífera) los Grandes no sentirían escrúpulos en reanudar los más nocivos experimentos... ni los chicos si se les terciase, cosa imposible afortunadamente.

Sobre la humanidad sigue pesando la misma amenaza de exterminio que antes del acuerdo de Moscú. Las bombas y proyectiles permanentemente apuntados desde Estados Unidos y Rusia sobre la mayoría de la Tierra bastan, sin contar las reservas ni los "perfeccionamientos" de futuras armas, para matar en pocas horas centenares, si no miles de millones de personas. Las negociaciones de desarme continúan, farsa complementaria del regateo interimperialista, pero los presupuestos de Estados Unidos y Rusia aumentan año tras año los miles de millones dedicados al renglón mili-



tar, y dentro de éste a las aplicaciones criminales de la ciencia. El equilibrio del terror continua.

La significación del acuerdo es sobretodo política, y sus consecuencias en ese aspecto no tardarán en hacerse sentir. En primer lugar, los jefes de bloque dan a conocer así su decisión de conservar un monopolio de las armas nucleares que obliga sus respectivos aliados a guarecerse tras ellos y convierte todo problema en cualquier parte del mundo en un asunto entre Estados Unidos y Rusia. La reducción de todas las demás naciones a la categoría de satélites más o menos desarrollados, pero en lo militar impotentes salvo por intermedio de su centro de gravitación, place en Washington tanto como en Moscú, se aplica a Francia igual que a China, y es característica del reparto imperialista del Planeta resultante de la última guerra. Se trata, en el fondo, de un acuerdo de Estados Unidos y Rusia contra sus respectivos aliados, doblado de un reconocimiento mutuo como jefes de fila que el teletipo directo ya en servicio entre el Kremlin y la Casa Blanca permite convertir, caso necesario, en colaboración estrecha.

El gobierno de Mao Tse-tung acogió el acuerdo declarando que era una "alianza contra China". Verdad a medias, como las pocas que están en posibilidad de decir cuantos falsarios se dicen comunistas. Los Estados Unidos han amainado su hostilidad a China, siempre menor de lo que Pekín pretende. Las numerosas entrevistas entre los embajadores respectivos en Varsovia darán fruto pronto o tarde. Es Rusia y no Estados Unidos quién ha buscado apoyo en el pacto para poner en evidencia ante las naciones asiáticas y contrarrestar el impulso extra-fronteras de China, contrario a sus designios y a la prosperidad de sus intereses. Tocante a eso, mas significativo aun que el pacto es la ayuda militar prestada por Rusia a la India, que incluye fábricas de aviones caza supersónicos Mig 21, ya en producción según noticias recientes. La superchería de presentarse como regímenes socialistas impide a Rusia y China decirse respectivamente toda verdad, a saber, que sus querellas de intereses y políticas provienen de ser ambos países de capitalismo estatal cuyas relaciones son de metrópoli imperialista a semi-colonia. ¿Y cómo podría escapar China a tal condición sin acercarse a aquellos mismos que tilda de enemigos imperialistas? Se acercará inevitablemente, lo hemos dicho hace años, a menos de rendirse a discreción de Moscú. Ya ha empezado a moverse hacia occidente.

El pacto de Moscú es una ostentación deliberada de la hegemonía de Estados Unidos y Rusia sobre el mundo, incontestable lo mismo para imponer su paz que para desencadenar su guerra. Su monstruoso poderío militar no puede ser desafiado por los demás gobiernos del mundo, porque todos, sin excepción, <sup>tienen</sup> las mismas relaciones sociales de producción y distribución de que aquel poderío dimana. Pero las unas y el otro se han convertido en factores reaccionarios, lacras cada vez más perniciosas para el devenir humano. Por todo ello, sólo los pueblos en acción revolucionaria estarán en condiciones de desafiar la hegemonía americano-rusa, aniquilarla en sus centros de irradiación mismos y libertar la humanidad en el comunismo.

= = = = =

#### A V I S O S

1) Recibir Alarma no entraña responsabilidad legal, pues este boletín es remitido a numerosas personas sin relación alguna con nosotros y sin que lo hayan solicitado.

2) Enviesemos todo informe susceptible de servir a la lucha contra el régimen: sobre huelgas, manifestaciones, acción policíaca, protestas, estado de espíritu de los trabajadores y de población en general. Publicaremos también críticas y sugerencias. Puede hacerse de dos maneras:

- directamente a nuestra dirección, depositándolos en localidad diferente de la residencia,
- por intermedio de tercera persona residente en el extranjero.

3) Enviaremos Alarma a todas las direcciones que se nos suministren

Correspondencia: N i c o l e E S P A G N O L

241, rue du Faubourg Saint-Honoré

Paris - VIII° - Francia



## U. H. P.

### UNION DE HERMANOS PROLETARIOS

¡U.H.P., U.H.P.! La entraña de la mina profirió el grito esperanzador. Impregnó el aire todo de Asturias, lo repitieron a pleno pulmón los hermanos proletario en medio del combate, restalló gozoso en la dinamita arrojada sobre los cuarteles de la guardia civil, se inscribió en los tanques blindados hechos por encanto, fué un instante estentóreo alarido de victoria, y la sangre de la represión marcó indeleblemente el suelo astur: U.H.P. El eco de las montañas heridas repercutió en los cuatro confines de España: ¡U.H.P., U.H.P.! Los hermanos proletarios fueron aplastados una, otra vez durante la guerra civil; pero desde el fondo de la España oprimida, vencida, no rendida, se eleva aun, grave, jadeante, conminatorio, el clamor revolucionario de Asturias: ¡U.H.P., U.H.P.!

La sencilla y cálida fraternidad del U.H.P. astur no es invocación sensiblera. Arranca de la más alta sensibilidad humana, pues la idea, que siempre reclama convertirse en hecho, "no es una pasión cerebral, sino el cerebro de la pasión", como decía Marx. La pasión revolucionaria llevó los fundadores de la Primera Internacional a la formulación lúcida: "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos". Idéntico pensar flamea en las iniciales U.H.P. La más válida y certera de las críticas contra las condiciones sociales ambientes, la crítica de las armas, las parió entre gritos de alegría y llanto, como conjuro de lucha. El apasionamiento del proletariado que abrió fuego sobre el capitalismo en Octubre de 1934, reinventó la idea forjándola de rondón en hecho.

El U.H.P. realizó en Asturias la unidad de todos los explotados porque su objetivo directo era abatir el capitalismo y poner proa a una sociedad sin clases. Esa condición hizo posible el combate y su asombroso heroísmo, reconocido incluso por el enemigo. Al conjuro del U.H.P. iban cayendo en manos del proletariado las armas, el poder y la economía, manifestación suprema de la unidad de la clase trabajadora, contrapuesta a la unidad que siempre le ofrecen y a menudo le imponen las que fueron organizaciones del Frente Popular. De lo que debe ser lucha revolucionaria hasta la insurrección armada, han hecho aquellas organizaciones, el Partido ruso en primer término, rendición de armas del proletariado en aras del capitalismo. Propugnan, en términos aun más claros que ayer, la unidad en la sumisión de los obreros al trabajo explotado bajo tal o cual supervisión política. En estos momentos mismos, cuando las huelgas de Asturias despiertan la admiración general y despejan el camino a grandes acciones, van ellos murmurando a los oídos de los huelguistas el concepto de la unidad bajo nuevas cadenas: unidad anti-franquista, unidad nacional, reconciliación nacional, democracia burguesa, etc.

Antes de hacer saltar los cuarteles de la guardia civil, los hombres de 1934 habían hecho saltar las ataduras de las organizaciones que los retenían dentro del capitalismo parlamentario. Por ello, aunque vencida, la insurrección de Octubre señaló al proletariado de todo el país cómo vencer al ejército nacional, lo que, hecho dos años después, abrió de par en par las puertas a la revolución social.

En los huelguitas de 1962 y 1963 rebrota el temple de los insurrectos de Octubre del 34 y Julio del 36, que venticinco años de terror franquista no han podido domeñar. De la mina surge otra vez el grito revolucionario, rumor todavía sordo y clandestino, mañana fragor de combate en todo el país. Tras su imponente demostración de fuerzas la dictadura está herida de muerte. Y cuantos la han sostenido o le facilitaron el triunfo están esforzándose ya en impedir que el proletariado se oriente a la toma de las armas, del poder político y de la economía. ¡Cuidado con ellos! Para que el proletariado triunfe no basta un cambio de gobernantes; es preciso que en primer término el aparato militar y policíaco sea hecho añicos. Para realizar esa condición previa de emancipación, millones de hombres han de entrar de nuevo en acción al conjuro revolucionario: ¡U.H.P., U.H.P.!

Octubre 1963.



## OCTUBRE ROJO

en el proceso de la revolución española

En la frondosa selva de experiencias políticas que constituye la revolución española, la insurrección y huelga general de Octubre de 1934 tiene importancia primerísima después de la guerra civil (1). En el transcurso de la década 30, el proletariado y los campesinos españoles ofrecieron numerosas oportunidades de llevar a término la revolución; una de las principales el año 1934. El fracaso de ésta, bien que no decisivo, grabó a las masas con sacrificios inmensos; sus enseñanzas, incomprendidas, permitieron a los dirigentes infligir a la revolución la gravísima y cruel derrota de la guerra civil.

El adevimiento de la república produjo una gran floración de prejuicios democráticos, deliberadamente auxiliados por la conducta y el pensamiento pequeño-burgueses del Partido Socialista. Pero bien pronto las masas identificaron el carácter de clase de la república. Desencadenó sobre ellas una represión de violencia sin precedente en los tiempos del reyezuelo, protegió a los latifundistas, a los monárquicos y reaccionarios en general; suprimió o limitó cuanto pudo las libertades democráticas, persiguió a los revolucionarios, aumentó considerablemente el número de guardias civiles y creó una nueva institución represiva, la guardia de asalto; lanzó a ambas contra obreros y campesinos, y dedicó lo más péfido de la legislación de las cortes constituyentes a sabotear y desorganizar el movimiento obrero. Todo ello con la anuencia y la colaboración directa del Partido Socialista tanto en el gobierno como en el parlamento constituyente. A veces, la iniciativa de las leyes de represión, cual la de Asociaciones, procedía del seno mismo de dicho partido.

La propia república se encargó de hacer comprender a las masas ilusionadas que no era, en esencia, un régimen diferente de la monarquía. Aprendizaje de gran valor positivo si las masas hubiesen encontrado un conducto orgánico por el cual verterlo en acción revolucionaria para sus propios fines. Faltó esa condición. El anarquismo, en pleno paroxismo apolítico, rechazaba toda acción que no le perteneciera exclusivamente, renunciando a ganar las masas atadas al reformismo. De tiempo en tiempo se empleaba en organizar insurrecciones suyas también, es decir, puts desconectados del proletariado y de la correlación general de fuerzas existente en el país. El resultado práctico de la acción anarquista desmoralizaba y debilitaba al movimiento obrero y campesino. Por su parte, el Partido Comunista, ya totalmente infeudado a la burocracia termidoriana rusa, aportaba un grado más a la lasitud de las masas, mediante sus particulares mejunges políticos. Incluso teóricamente había roto ya con el principal objetivo político del marxismo; la toma del poder por el proletariado. Patrocinaba en su lugar una "dictadura democrática del proletariado y los campesinos" --estéril distorsión de una consigna de Lenin por éste mismo abandonada en 1917-- que negaba hipócritamente el carácter socialista de la revolución. Practicamente, el partido stalinista se cortaba toda posibilidad de aproximación a las masas, mediante un sectarismo exacerbado obediente a "la línea" de Moscú. Cuantos han vivido aquellos días recuerdan el trato ultimartista que daba a las masas agrupadas en las organizaciones socialistas y anarquistas: "social-fascistas", "anarco-fascistas", con quines le era imposible establecer un frente único de organización a organización. Tanto los dirigentes reformistas como los anarquistas pudieron escapar así a la prueba de fuego que significaba entonces el frente único de lucha contra la reacción. Y por ende las masas, en lugar de evolucionar hacia la izquierda como lo permitía su decepción de la república burguesa, quedaron estacionadas y a merced de los mismos líderes socialistas que propiciaron su decepción.

La radicalización que no pudo producirse mediante la acción de anarquistas y comunistas encastillados en sus respectivos sectarismos, hubo de encontrar una válvula de escape en la social-democracia misma. La situación internacional ayudaba a ello. Hitler acababa de subir al poder. En Austria se precipitaba una rápida evolución hacia el fascismo. En Francia y España surgían aspirantes a "Führer". En

---

(1) El presente artículo fué publicado por primera vez en el número 8 de Contra la Corriente, revista revolucionaria española editada en México en 1943 y 1944



Europa central y balcánica la reacción filo-fascista cundía. La social-democracia, que veía escapársele los puestos y canchales de que disfrutaba por su tradicional sumisión al capitalismo parlamentario, sintió necesidad de defender su posición. Hubo de recurrir a las masas con un lenguaje radicalizante, aunque en el fondo totalmente exento de propósitos revolucionarios. Trataba sólo de impedir la desaparición de la democracia capitalista, de la cual los dirigentes socialistas eran colaboradores y funcionarios cómodamente retribuidos. En toda Europa, la Segunda Internacional fué sacudida por esa necesidad de defenderse. A la situación internacional se añadía la particular de España, donde la reacción filofascista ganaba terreno, estando los socialistas en peligro de ser definitivamente despedidos. Miel sobre hojuelas. El esfuerzo de lucha de la social-democracia tenía que ser mayor en España, por ser más directo el peligro.

Así sucedió, en efecto. Convirtiéndose en exponente de la defensa, Largo Caballero llegó a hablar de superación de la democracia burguesa y de la necesidad de instaurar la dictadura del proletariado. El eco formidable que suscitaron sus palabras prueba hasta qué punto el proletariado y los campesinos, sufrida la experiencia republicana, estaban maduros para llevar adelante la ofensiva por su revolución socialista. La necesidad histórica existía; incapaces de aprovecharla comunistas y anarquistas, irrumpió, como una catarata represada, por la brecha relumbrona de la radicalización socialista. Ciertamente que para ésta no se trataba de un movimiento real por la revolución proletaria; su máximo alcance era obligar nuevamente a la burguesía a admitir la colaboración social-demócrata. Para las masas, sin embargo, lo que contaba era la promesa de revolución social. Apenas vieron ante sí una perspectiva de lucha por algo mejor que la democracia burguesa, su lasitud desapareció casi de la noche a la mañana. No se debía, en realidad, sino a la incapacidad de todas las direcciones obreras para orientarlas a la lucha.

El bloque electoral de la derecha filo-fascista (Gil Robles), ayuntada a los republicanos "históricos" de Lerroux-Martínez Barrio, logró, gracias a la ley electoral votada por los socialistas, la mayoría de la nueva cámara en noviembre de 1933. Pero el movimiento de masas creció vertiginosamente auxiliado por un cúmulo de declaraciones radicalizantes del Partido Socialista y de su Juventud. En el parlamento, la minoría socialista, por boca de Indalecio Prieto, se comprometía "a desencadenar la revolución". Algunos alijos de armas descubiertos por la policía aumentaron los terrores de la burguesía, asustada por el grandioso resurgir revolucionario, aunque confiante en que el miedo del propio Partido socialista a la revolución resolvería todo en humo de paja.

La reacción acertaba. Las masas eran un peligro, pero no tenía mucho que temer del reformismo. Apenas reavivados la clase obrera y los campesinos, el partido socialista comenzó a frenar sus movimientos, tratárase de reivindicaciones puramente económicas o políticas. Forzado a dar ciertas apariencias a su verbalismo revolucionario, aceptó relacionarse con otras organizaciones obreras, a lo que se había negado sistemáticamente antes. Pero esas relaciones estuvieron muy lejos de representar un frente único de lucha. Los organismos resultantes de ellas, las Alianzas Obreras, redujéronse a pequeños comités de enlace donde la mayoría socialista era inalterable, dada su composición burocrática, y por ello mismo separados de las masas. En una declaración pública, Largo Caballero hizo referencia a las Alianzas diciendo que su misión histórica "puede ser tan importante cuando menos como la de otros organismos en otro país". En la práctica cotidiana, los representantes socialistas en las Alianzas ponían todo su empeño en impedir que aquellas se convirtiesen en soviets u órganos de poder obrero, a lo que tan esotéricamente aludía Caballero.

A las Alianzas Obreras se habían negado a pertenecer, por razones diversas, el anarquismo y el stalinismo (1). El primero llegó a formar parte de ellas en Asturias sólo. La Alianza de Madrid estaba constituida por representantes socialistas (Partido, Juventud y U.G.T.), un representante de la Izquierda Comunista (trozkismo) y otro del Partido Sindicalista. Más tarde envió su representante la Federación Tabaguera (autónoma). Debido a la desproporción numérica entre las organi-

---

(1) El stalinismo se ha presentado después como fundador de las Alianzas, desfachatez que en él es consuetudinaria.



zaciones socialistas y las otras, la U.G.T. y el Partido Socialista disponían de dos representantes cada una, y solamente uno las otras organizaciones. Contando el representante de la Juventud, el máximo de variación que la votación sobre cualquier problema podía dar era 5 votos socialistas contra 2, o 3 al adherir el Sindicato tabaquero. De hecho, los delegados de la Izquierda Comunista y del Partido Sindicalista eran prisioneros de los socialistas. Siendo además éstos burocratas reformistas perfectamente petrificados, cual Henche y Albar, todos los razonamientos sobre conveniencias revolucionarias se estrellaban contra su estrechez peculiar. La Izquierda Comunista se esforzó, por medio de su representante madrileño, en sacar las Alianzas Obreras del estado comatoso a que las reducían de intento los socialistas. Quiso convertirlas en organismos que tomaran la dirección de las luchas de masas contra la reacción y darles una estructura democrática susceptible de incorporar a ellas representantes directamente elegidos por obreros y campesinos. No existía otra manera posible de transformarlas en órganos de poder, ni tampoco de desarrollar la ofensiva de los explotados, cual requería el éxito de la futura insurrección. Por otra parte, era indispensable poner entre la espada y la pared a anarquistas y stalinistas, obstinados en rechazar el frente único. Pero el muro burocrático socialista repudiaba todas las iniciativas en tal sentido, provenientes casi todas de la Izquierda Comunista.

En realidad los socialistas no querían ni órganos de poder obrero ni movimiento de masas ofensivo. Sus deseos parecían plenamente satisfechos con la tensión política existente. Ponían a contribución toda su fuerza orgánica y su capacidad de argumentación para trabar las luchas obreras y campesinas. A tal efecto inventaron una teoría de la insurrección digna de un premio Nobel de la estupidez: "Nada de movimientos parciales", nada de "gastos de energía"; las huelgas, las demostraciones, son inútiles, perjudiciales. Todo mundo a callar, obedecer, y aguardar a que los estrategas socialistas den la orden de insurrección. El conspiracionismo utópico y blanquista del siglo XIX encontraba en los recién radicalizados dirigentes su caricatura. Valiéndose de tal argumento, dándose aires de conjurados de calavera y puñal, los socialistas impidieron crecer al movimiento de masas, obstruyeron y llevaron a la pérdida huelgas de triunfo fácil e importante para el porvenir del movimiento, produciendo desconfianza en las masas y rompiendo el equilibrio revolucionario entre el campo y la ciudad. Para ilustrar la funesto de la táctica socialista (en realidad cálculo), me referiré rápidamente a la principal de las huelgas así saboteada y perdida: la huelga campesina de julio.

Consciente o inconscientemente, la Federación de Trabajadores de la Tierra había elegido para declarararla el mejor momento, tanto considerado desde el punto de vista económico como político. Los apremios de la siega permitían escasa resistencia a los patronos; la tensión y capacidad de lucha de los jornaleros había alcanzado su punto más alto; el campo no podía esperar sin batirse en retirada ante los patronos y sufrir la desorganización consecuente. La ocasión era en lo político también muy propicia. La reacción gilroblista habíase visto obligada a dar un paso atrás, como consecuencia de la huelga política contra la manifestación fascista de El Escorial (abril). El propio gabinete Lerroux fué dimitido y substituido por el de Samper, prototipo de gobierno débil, destinado a desaparecer rápidamente por la izquierda o por la derecha, según el movimiento obrero se mostrase más o menos fuerte. Tras el gobierno Samper sólo cabía el paso a otro gabinete duro, con representantes directos de la mayoría filofascista de la Cámara, o bien la disolución de ésta y la convocatoria a nuevas elecciones, lo que hubiese supuesto una derrota formidable para la reacción. El camino habría quedado así libre de obstáculos para desenvolver el movimiento obrero hasta la dualidad de poderes por lo menos.

Alrededor de 100.000 trabajadores de la tierra holgaron desde el primer día de la declaración del paro. El gobierno mandó a combatirlo millares de guardias previamente concentrados en las zonas agrícolas. La huelga iba a ser un fracaso cierto sin la solidaridad del proletariado urbano. Dejando derrotar a los campesinos, las ciudades quedarían privadas de su poderoso apoyo, aisladas para movimientos revolucionarios posteriores. Aunque la huelga campesina hubiese sido realmente inoportuna, lo que estaba muy lejos de ser, el proletariado tenía que apoyarla con huelgas de solidaridad, a fin de reducir las proporciones de la derrota, y para que los campesinos no se sintiesen abandonados y traicionados. Era el ABC de la táctica



revolucionaria en aquel momento. Argumentando así, el delegado de la Izquierda Comunista en la Alianza Obrera madrileña presentó un plan de huelgas de solidaridad, escalonadas en las principales ciudades del país y limitadas a un plazo de 48 horas lo que aseguraba de antemano el éxito. La huelga campesina se habría extendido así de las regiones avanzadas a las más atrasadas, abarcando 300, 400, 500 mil hombres. El gobierno se habría visto obligado a dispersar sus fuerzas represivas en el campo y llamar a las ciudades parte importante de ellas. Su capacidad de contención hubiese sufrido una disminución importante y los trabajadores de la tierra, respaldados por las ciudades, hubiesen elevado al máximo la intensidad de su ofensiva. Dadas las excelentes condiciones políticas de las masas, la solidaridad del proletariado industrial con el agrícola habría impedido, en el peor de los casos, que los huelguistas sufriesen una derrota grave. El agro debía sentirse en aquel momento acompañado por la fábrica. Pero los burócratas socialistas, aterrorizados por la importancia y el carácter ofensivo del movimiento, se negaron rotundamente a hacer el menor gesto en apoyo de los huelguistas. Todas las representaciones del peligro de aislamiento del proletariado y de reforzamiento de la reacción encontraron oídos sordos en los delegados socialistas de la Alianza. Y contra ellos era difícil declarar los paros de solidaridad. Se corría el riesgo de un fracaso también en las ciudades, lo que hubiese agrandado las proporciones de la derrota. Como de costumbre, al voto del delegado de la Izquierda Comunista se sumó únicamente el voto sindicalista. Los trabajadores de la tierra sufrieron una derrota terrible; decenas de ellos cayeron muertos y millares dieron con sus huesos en la cárcel. El campo en su totalidad se desgajó del movimiento revolucionario ascendente. Ninguna ayuda podía esperarse de él en el período inmediato, como se vió palmariamente durante el movimiento de Octubre. No solamente se sintieron traicionados los campesinos; los propios obreros de la ciudad vieron como un precedente fatal la forma en que fueron abandonados aquellos.

De manera semejante, los socialistas propiciaron la derrota de otras huelgas obreras, principalmente la de Artes Gráficas de Madrid. Las varias huelgas generales políticas que con éxito completo se declararon en la capital entre los meses de marzo y octubre, lo fueron casi a despecho de los socialistas, que resistieron hasta el último momento las proposiciones de la Izquierda Comunista. Cuando, finalmente, se veían obligados a aceptar la declaración de huelga, lo hacían en su nombre, robando la iniciativa a la Alianza Obrera, con el objeto de impedir que se convirtiese realmente en organismo dirigente y que las masas le consideraron como tal. Un robo semejante cometió la Comisión Administrativa de la U.G.T. con ocasión del magnífico movimiento de solidaridad con los huelguistas de Zaragoza, que les dió rápidamente el triunfo. También esa iniciativa fué presentada a la Alianza por el delegado de la Izquierda comunista. Tras regateos por parte de los socialistas, fué aceptada. Pero al día siguiente apareció en "El Socialista" como propuesta privativa de la U.G.T. En esa desleal actitud se veía la intención deliberada de reducir a ficción burocrática el frente único, cortar el desarrollo a las Alianzas Obreras como organismos de poder revolucionario y limitar el movimiento de masas a las conveniencias de los socialistas, es decir a su vuelta a la colaboración gubernamental.

Octubre lo puso bien de manifiesto. El Partido Socialista y Largo Caballero personalmente, habían anunciado la insurrección si el presidente de la república daba acceso al gobierno a los representantes de Gil Robles. Esa condicionalidad prueba cuan lejos estaban, quienes la ponían, de un verdadero criterio revolucionario y de pensar firmemente en la insurrección. Entretanto, la derrota de los campesinos envalentonó a la reacción, la convenció aun más de la impotencia revolucionaria de los socialistas, y marcó una evolución del poder a la derecha. Retirada la marioneta Samper, Alcalá Zamora llamó nuevamente a Lerroux, quién introdujo en su nuevo gobierno a varios hombres del partido de Gil Robles. Fué dada la noticia en la tarde del día 4 de Octubre. Según la solemne promesa socialista, la entrada de los reaccionarios al gobierno significaba, automáticamente, la insurrección. Tanto la masa proletaria de Madrid como la de todas las principales ciudades del país creyó de veras que se trataba de la lucha armada. Las huelgas políticas anteriores habían mantenido un gran espíritu de lucha y de confianza en la victoria. Por ello, al conocerse la composición del nuevo gobierno se produjo espontáneamente la huelga general insurreccional.



Cayendo el día, varias decenas de millares de trabajadores invadían las calles de Madrid esperando la señal del combate, creyendo que se les distribuiría el mínimo siquiera de las armas indispensables para lanzarse al ataque de los cuarteles, de Telégrafos, Correos, ministerios y demás centros vitales. El gobierno mismo se sintió aterrorizado y paralizado por la inmensa masa que invadía las calles. Los guardias de asalto y civiles, armados incluso de ametralladoras, pasaban junto a los grupos obreros sin atreverse a disolverlos ni cachear a nadie. Los suponían armados y no se atrevían a hostilizarlos. En realidad los trabajadores no disponían sino de escasas pistolas individualmente adquiridas. El Partido socialista, que meses antes había alborotado más y mejor en torno a las armas, no distribuyó sino muy contadas pistolas y fusiles a pequeños grupos que nada serio podían hacer con ellas. Los grupos, o mejor dicho, los individuos así armados, se limitaron a hostilizar a la fuerza pública, a "paquear" diseminados por los tejados, lejos de todo intención ofensiva o insurreccional. Ya estaba bastante avanzada la noche cuando se conoció la decisión del Partido Socialista. Sus olímpicas baladronadas y promesas conspirativas se redujeron a esta orden: "Huelga general pacífica... hasta que el presidente de la república rectifique y haga dimitir al gobierno". Pero esta vez, el Partido socialista daba la orden en nombre de la Alianza Obrera. Al fin se descubría lo que los socialistas entendían por Alianza Obrera: un parapeto sobre el cual descargar responsabilidades jurídicas, si acaso se iba más allá de la oposición política consentida por las leyes burguesas. Pero la Alianza de Madrid no se reunió una sola vez durante las nueve jornadas de Octubre. A la única reunión convocada asistió, solo, el representante de la Izquierda Comunista.

Lanzadas a la calle en espera de acciones decisivas, las masas obreras no daban crédito a lo que veían y oían. Durante la noche nada ocurrió, salvo tiroteos sin importancia. Grupos que totalizaban varios miles de obreros, totalmente desarraigados, habían intentado asaltar algunos cuarteles. Las ametralladoras los dispersaron con facilidad. Al día siguiente, las masas volvieron a invadir las calles buscando noticias, esperando armas y órdenes de lucha, pensando, para no considerarse todavía traicionadas, que la orden del día anterior y la falta de acción eran un ardid de guerra de los que tanto se habían vanagloriado los socialistas. La actitud de las fuerzas gubernamentales les hizo caer pronto de su equivocación. Debilidades y temores de la víspera habían desaparecido; las fuerzas gubernamentales se mostraban insolentes, brutales, agresivas. El gobierno se sentía más firme, estaba seguro de dominar la situación en Madrid. Las amenazas y conspiraciones socialistas se terminaban con una deserción vergonzosa, en medio de condiciones excelentes para presentar al gobierno batalla en toda regla. No le faltaban armas al Partido Socialista, y la asistencia de masas era sobrada. Con todo ello no quiso ni supo hacer más que una prolongada huelga de nueve días, alborotada con un paqueo estéril que recomenzaba todas las tardes. El misterioso plan conspirativo que debía causar el triunfo, el que tanto utilizaron para contener el movimiento revolucionario en los meses anteriores, e impedir su desarrollo dialéctico, no apareció por ninguna parte. Ni podía aparecer, porque no existía. Lo único conspirativo en toda la tramoya de la radicalización socialista, era el pánico ante la eventualidad de tener que poner por obra las palabras. Esa conspiración sí que apareció en Octubre claramente y por todas partes.

En Cataluña, el gobierno de la Generalidad, que se había aventurado a proclamar la soñada República catalana, capitulaba sin tardanza ante las tropas gubernamentales, sin tratar siquiera de movilizar sus importantes recursos. La "resistencia simbólica" se satisfizo con cuatro cañonazos y bandera blanca. Ni siquiera se dió a los soldados, una vez fuera de los cuarteles, la oportunidad de volver sus armas contra el gobierno de Madrid, en lo que había muchas posibilidades de éxito. La Alianza Obrera local, principalmente dirigida por un antepasado orgánico del P.O.U.M., el Bloque Obrero y Campesino, había sido incapaz de practicar una política que obligara los anarquistas a aceptar el frente único. Utilizó la Alianza como instrumento contra la C.N.T., en lugar de emplearla para atraérsela y vencer su apoliticismo. El resultado fue la desorganización y división del proletariado catalán. Imitando desde otro plano a la Generalidad, la Alianza catalana se limitó a organizar una manifestación de petición simbólica de armas a aquella misma Generalidad, y viendo que se las daba, la disolvió y dió por terminada su ac-



ción. Era criterio de los dirigentes de la Alianza que nada podía intentarse sin la Generalidad, es decir, sin la burguesía catalana. En tal idea estaba, de antemano, contenida la derrota.

Sólo en Asturias tomó el movimiento de Octubre un verdadero carácter insurreccional. ¿Por iniciativa del Partido Socialista, o porque las condiciones particulares de la región permitieran a los mineros pasar a los hechos antes de que los altos dirigentes pudiesen contrarrestarlos? Estoy firmemente convencido de lo segundo. He aquí los factores más salientes que persuaden en tal sentido:

1 - Los mineros disponían de algunas armas y de abundante dinamita tomada en las propias minas. Sabían manejarla a la perfección como arma de guerra.

2 - Los dirigentes bajos y medios del socialismo asturiano, en contacto directo con los mineros y mineros ellos mismos la mayoría de las veces, eran de los más revolucionarios en su partido. Esos hombres tomaban la radicalización y la marcha a la dictadura del proletariado, en serio y no como maniobra política.

3 - El movimiento insurreccional comenzó en Asturias precisamente en la periferia, donde la decisión pertenecía a los dirigentes bajos y medios. Mientras en la capital de la provincia, Oviedo, sede del Comité Regional, se produjo, como en Madrid, sólo una huelga general. Fueron los mineros quienes, concentrándose en torno a la ciudad, la tomaron por asalto.

4 - Finalmente, el carácter no insurreccional del movimiento en Madrid y en el resto de España obliga a pensar que lo de Asturias se produjo contra la voluntad de la alta dirección socialista tanto en escala nacional como regional. No es concebible que se diera una orden de insurrección para Asturias y otra de huelga pacífica para el resto del país.

No hubo insurrección en las principales ciudades porque la dirección del movimiento no lo quiso, porque desertó la acción revolucionaria en el momento requerido. La insurrección asturiana fué, evidentemente, una sorpresa para los dirigentes socialistas. Los mineros se les desmandaron. Bien provistos de dinamita, al conocer la consigna de huelga general se lanzaron sobre los cuarteles de la guardia civil y los tomaron casi todos. Los burócratas socialistas asturianos, los Belarmino Tomás, etc., tenían que aceptar el hecho consumado. ¿No estaban los mineros allí, frente a ellos, cercando Oviedo?

La Alianza Obrera asturiana, a pesar de ser la mejor constituida debido a la participación anarquista, mostró también su incapacidad como organismo de poder obrero e incluso como centro director insurreccional. En el transcurso de la lucha la primera Alianza, que junto con otros Comités se dió a la fuga, tuvo que ser substituida por otra. El modo de representación en estos nuevos comités obreros era democrático, y los designados estaban más identificados con la masa combatiente. Los imperativos de la lucha indicaban el sentido en que tenía que ser reformadas las Alianzas Obreras. Tal cual los socialistas se habían esforzado en conservarlas era horribles nudos burocráticos que paralizaban la iniciativa de las masas en lugar de darle curso organizado. Pero eso no cabe tratarlo aquí con la extensión debida.

Sólo a título de homenaje recordaré ahora la tenaz y heroica resistencia que ofreció el proletariado astur a las hordas gubernamentales, el crecido número de asesinatos por éstas cometidos y las prolongadas torturas a que lo sometió el gobierno ya clerical, pre-franquista, de Lerroux-Gil Robles. La gesta insuperable de Octubre de 1934 no fué inútil, aunque quedase aislada en el país. En toda España, los trabajadores en masa se sintieron dignamente representados por el proletariado astur. Vieron en su lucha lo que a ellos se les impidió hacer. <sup>reacción</sup> La ~~trunfo~~ trunfo, pero no sin experimentar el fuego obrero, y su triunfo fué incompleto, incierto. El ejemplo y el recuerdo de la insurrección asturiana propició una pronta recuperación de las masas, que condujo, en 1936, a la derrota de los militares a manos del proletariado el 19 de Julio. En 1934, sólo Asturias se les desmandó a los dirigentes aburguesados; en 1936 se les desmandaba toda España. Los hombres de Asturias abrieron el camino al formidable alzamiento proletario que inició la guerra civil. Y la guerra civil, mal que pese a la hez procapitalista del Frente Popular y sus sucesores, es una de las mayores glorias del proletariado mundial.



Lo más característico del proceso de la revolución española es la rapidez con que el proletariado se recuperaba de una derrota para lanzarse a otra ofensiva aun más vasta y profunda que la anterior. Con igual constancia, las direcciones obreras llevaban a la derrota, una tras otra, las acometidas revolucionarias. La propulsada por la radicalización socialista pudo cubrir el objetivo de rechazar a la reacción, disolver su parlamento y dar acceso a una situación de dualidad de poderes. Y eso en dos ocasiones: durante la huelga campesina y en Octubre mismo. De haberse propuesto los socialistas hacer la revolución de veras, tampoco hubiese sido imposible. Pero sus intenciones reales eran muy diferentes: obligar al presidente de la república a convocar nuevas elecciones, a fin que la coalición republicano-socialista recogiese otra vez el poder. Pero tampoco por eso supieron luchar con decisión. Creyeron que las amenazas bastarían. Unicamente ellos, en fin de cuentas, resultaron asustados por sus propias bravatas.

Dados los objetivos colaboracionistas del socialismo que controlaba la mayoría del movimiento obrero, y dada la carencia de órganos de poder en los que sustentar la revolución, el triunfo de ésta era imposible en Octubre. Pero si los socialistas se hubiesen decidido a dar la batalla a la reacción, con toda probabilidad el gobierno no habría sido vencido. Aunque los campesinos, desbaratados desde Julio, eran apoyo casi excluido, el movimiento tenía en las ciudades fuerza suficiente para lograr el objetivo mínimo de rechazar a la reacción. Y alcanzado éste, la ofensiva revolucionaria habría encontrado curso abierto. La situación habría sido extraordinariamente favorable. Aproximadamente la de Julio de 1936, pero sin la dominación militar en parte alguna del territorio. Se hubiese constituido sin duda un gobierno presidido por un socialista. Las Alianzas Obreras hubiesen tenido tiempo de democratizarse y adquirir forma e ideas de auténticos órganos de poder revolucionario. Del propio partido socialista, cuya base --la joven principalmente-- había tomado a pecho lo de la dictadura del proletariado, se habría destacado sin duda una parte importante hacia posiciones revolucionarias. En fin, la dualidad de poderes habría hecho acto de presencia entre parlamentarismo burgués y Alianzas Obreras, y con ella la posibilidad de que las masas evolucionasen hacia las minorías revolucionarias. Los jefes socialistas se habrían encontrado de pronto en la extrema derecha del movimiento obrero, pues la experiencia enseña que todas las revoluciones dependen de la orientación de las masas a organizaciones ideológicamente aptas, por fuerza pequeñas al principio de los acontecimientos. La derrota de Octubre contrariaba el proceso de integración entre las masas en lucha y la ideología revolucionaria.

La dirección socialista temió las consecuencias revolucionarias de una derrota de la reacción directamente causada por la acción de las masas. Y sin las masas trabajadoras no se podía derrotar a la reacción. Desertando en el momento culminante, la dirección socialista impuso a la clase trabajadora sacrificios enormes (la represión de 1934 a 1936, mas la sublevación de las generales y el clero), y rudos combates (la guerra civil) que manejados por la misma gente, ya engrosada e inspirada por el stalinismo, redundaron finalmente en el triunfo de Franco. La definición más sucinta y verídica que pueda hacerse de la revolución española es la siguiente: mientras las masas, en las ofensivas sucesivas de 1931 a mayo de 1937 se muestran cada vez más radicales, en cada ocasión más cerca de instaurar el poder revolucionario del proletariado, los dirigentes se revolán más derechistas, más burgueses y servilmente sometidos al capitalismo como sistema español y mundial. Esa oposición creciente entre las masas y los dirigentes, sin exclusión de organización importante alguna, ha dado por cociente la contrarrevolución y el terror franquistas.

México D.F. Octubre de 1943

G. Munis



## NOTICIAS Y COMENTARIOS

### E S P A Ñ A

#### Tortura y crimen

#### en Asturias.

La policía de Franco, sobretodo la Guardia civil y la secreta, han desencadenado su bestialidad contra los huelguistas. Bofetadas, palizas, detenciones y encarcelamientos no bastaban a los devotos sicarios de la dictadura. Furiosos de no poder acabar con la huelga, se han vengado cobardemente torturando de la manera más sádica a algunos obreros, uno de los cuales fué muerto. Se conocen los siguientes casos referidos por la propia prensa burguesa que habla en el extranjero de la liberalización del régimen:

Antonio Zapico, parálítico a consecuencia de los palos recibidos en la cabeza.

Vicente Baragano, a quién la policía quemó los testículos.

Alfonso, ex-minero silicoso, torturado en presencia de su mujer. Esta fué llevada a la cárcel de Oviedo y su marido "fué descubierto" tirado en la calle, sin duda para fingir una riña de taberna.

Una mujer preñada, de nombre Tina, como fuera al cuartel de la guardia civil a protestar de las heridas en él hechas a su marido, recibió por contestación un puntapié en el vientre, con las consecuencias de rigor.

Con A. Zapico, Ramón Teba, Juan Alberti y Fernández Terente, el bailarín regional conocido por Jeromo, han sido también torturados. Actualmente están en la cárcel de Madrid sometidos a consejo de guerra. Hace años, la madre de Jeromo fué asesinada por la policía "después de haberle sacado los ojos" --se nos informa. Esto último puede parecer invención sólo a quienes desconocen la vesanía de la Guardia civil y la policía en general, sobretodo en regiones como Asturias y Andalucía.

Autor de la coz a la mujer preñada fué el capitán Fernando Caro, que en todas sus criminales actividades de "orden público" ha sido secundado por el cabo Pérez, ascendido a sargento por méritos de tortura evidentemente. ¡Recuérdense sus nombres!

El ministro de la información, Fraga Iribarne, ha negado la veracidad de los hechos, pero no quiso admitir una comisión investigadora de la Oficina Internacional del Trabajo, aun sabiendo que ese organismo, por su carácter capitalista, se esforzaría en aminorar la responsabilidad gubernamental.

Mientrastanto, las organizaciones de Europa occidental mal llamadas comunistas, es decir, las pro-rusas, se cuidan mucho de organizar una sólo manifestación seria de protesta; prefieren quedarse en palabras, y aun éstas medidas. Es que los tratos de Franco con Rusia y satélites cifran ya muchos millones y nada debe perturbar los negocios. Es, también, que la política del partido pro-ruso de España lleva por mira inspirar confianza a los organismos fundamentales del régimen actual, sin exceptuar esa Guardia civil que tortura y asesina.

Los huelguistas y perseguidos españoles no cuentan con otra ayuda decidida y leal que la de los revolucionarios, forzosamente tan enemigos de Franco como del capitalismo sin Franco, y orientados a desarmar y disolver toda la policía actual, no a reorganizarla con otros jefes.

#### El garrote

#### y la vil.

El retraso con que aparece este boletín nos ha impedido hablar a tiempo del asesinato legal en la cárcel de Carabanchel, mediante garrote vil de dos anarquistas, Francisco Granados y Joaquín Delgado. Condenados a muerte por uno de los "tribunales" militares que vienen funcionando ininterrumpidamente desde la guerra civil, la ejecución fué inmediata, a pesar de haber negado ambos ser autores del delito que se les imputaba: la colocación de las bombas que explotaron en la Dirección General de Seguridad.



Cuando se trató de Grimau, protestaron al unísono y pidieron gracia toda clase de organizaciones y personas del mundo americano-ruso, incluyendo gente de Franco. Tratándose de Granados y Delgado, las protestas se han limitado a los círculos realmente obreros y a los revolucionarios. La diferencia está en que el partido de Grimau constituye parte del mundo capitalista y es para este importante factor anti-revolucionario en el futuro inmediato, mientras que los dos jóvenes ejecutados eran luchadores proletarios sinceros y valientes.

A ellos debe ir la solidaridad de clase de los explotados y de los revolucionarios en particular. Nosotros consideramos erradas las ideas de Granados y Delgado --las de su organización-- y tenemos por descabellado el terrorismo individual, incluso el bien apuntado. Tratándose de bombas abandonadas al tuntún en medio del público, como en 1960 las maletas explosivas del pretense Directorio Ibérico de Liberación, se hiere a ciegas, como sólo lo hacen de costumbre los mercenarios de la policía, y se da pretexto fácil a la represión (1). Pero a los hombres que como Delgado y Granados se lanzan a la lucha desdeñando peligros y sin cálculos de intereses personales actuales o futuros damos toda nuestra solidaridad y nuestro respeto. Amistosamente les decimos: lo más mortal que pueda hacerse contra la dictadura y sus bases económicas es organizar grupos obreros inspirados en las ideas de la revolución proletaria. Acometed ese trabajo.

Delgado y Granados no son los primeros luchadores honrados que mueren en el garrote; quizás tampoco sean los últimos. Pero la situación de 1940, cuando lo más vil de España triunfaba y exultaba dando garrote a lo más digno, se ha ido ya, por obra de 5 lustros de aversión general a la dictadura. Las masas oprimidas y vejadas se estremecen de nuevo, la España obrera de 1936, rediviva en la actual generación, está haciendo crujir otra vez los cimientos del capitalismo. Ante el empuje de los trabajadores en plena acción, todo lo vil, venga de donde viniere, será extirpado.

### Solidaridad

#### obrera

Durante un mes, los estivadores del puerto de Génova han boicoteado la carga y descarga de los barcos españoles, en protesta por el asesinato de los dos jóvenes arriba mencionados y en solidaridad con los huelguistas asturianos. En los demás puertos italianos, donde los obreros están aherrajados por la central sindical stalinista, o bien por la cristiana, hermana de la H.O.A.C. que en España aspira a ser oficial, ninguna reacción de solidaridad. En otros lugares, los funcionarios sindicales stalinistas impusieron a los trabajadores una hora de retraso en la carga y descarga de los buques españoles. También en algunos puertos del norte de Europa, los obreros hicieron paros de solidaridad con Asturias y León, pero sin consentimiento de la dirección sindical. Esta los multó. La ley de esos países "ricos y democráticos" otorga ese poder a los jefes sindicales. Tanto vale decir que no puede haber solidaridad activa entre el proletariado internacional sino por encima de la centrales sindicales y partidos hoy dominantes; son pseudo-obreros, cuando no reaccionarios.

El acto más importante de solidaridad se ha producido en Bilbao. En varias industrias los obreros pararon durante tiempo limitado, pero declarando expresamente hacerlo en apoyo de los luchadores asturianos y leoneses. La huelga fué unánime, a pesar de las 60 detenciones efectuadas y de muchos más obreros en fuga ante la amenaza de detención.

Un problema importantísimo del proletariado español, el principal en lo inmediato, es el de su lucha común, por las mismas reivindicaciones y simultánea. La solidaridad no basta. Es preciso que la huelga se produzca al mismo tiempo, por idénticas reivindicaciones económicas y políticas, por lo menos en las principales zonas industriales. No hay otra manera de mejorar las condiciones de vida y de trabajo, así como de asestar un recio golpe a la dictadura. Véase a tal respecto nuestra proclama a los huelguistas, adjunta a este número de Alarma.

---

(1) Nuestra opinión sobre el problema está expuesta en Dinamita y revolución, volante publicado en julio de 1960.



MADRID-MOSCU

MOSCU-MADRID

Los trabajadores españoles no tienen conocimiento de los tratos económicos y políticos cada vez mas frecuentes entre los gobiernos de Franco y de Khrutchef.

Representantes de ambos negocian la entrega al primero del oro del Banco de España (léase: la plusvalía arrancada por el capital a los trabajadores) que fué depositado en Rusia por Negrín. Aunque la entrega se haga total o parcialmente en petroleo u otras mercancías, representará un importante refuerzo económico para la dictadura. En ayudar materialmente a los huelguistas, y menos aun en poner eso oro al servicio de la revolución, no podía pensar Moscú, pues ya al llevarselo estafaba y torpedeaba la revolución entonces en Marcha.

En la última feria de muestras de Barcelona todo mundo ha podido ver pabellones de Checoslovaquia, Rumanía, Polonia, es decir, del COMECON o bloque capitalista ruso. Franco en persona acudió a visitarlos. Estaba ya en perspectiva una visita oficial de representantes sindicales rusos a España (el visa fué solicitado en la embajada española de París) a fin de "estudiar el sindicalismo vertical" y las principales regiones industriales del país. Los huelguistas de Asturias y León chafaron la visita; pero sigue en proyecto para fin de año. Mientrastanto, es Franco quién manda a Moscú su comisario general de avituallamiento, Rodríguez Villa (Le Monde 24-10-63), invitado por el gobierno ruso para celebrar la compra de 60.000 toneladas de aceite de girasol. Junto a la diferencia de calidad entre el aceite de oliva y el de girasol podrán así comprobar los trabajadores la política de mercachifle seguida por Moscú, en total oposición a las necesidades del proletariado español y mundial, el ruso comprendido. Otros negocios están en tratos o hechos ya.

El acercamiento entre el Vaticano y Rusia da a Franco, criatura de sacristía, un margen de maniobra internacional de que antes no disponía. Y recíprocamente, a Rusia en España, con objeto de contrarrestar la influencia y las posiciones militares del imperialismo rival. Si el proletariado español se dejase llevar por la política pro-rusa, que está y no puede estar basada sino en intereses reaccionarios sufrirían padecimientos y represión no menos duros que bajo Franco.

Mano tendida a

Fidel Castro.

Aprovechando el citado margen de maniobre frente a su protector yankee, Franco ha hecho oídos sordos a la demanda girada por Washington a todos sus compadres y neutrales, de cesar su comercio con Cuba. En los cuatro primeros meses de 1963 Castro ha recibido de Franco hierro, aluminio, vehículos y aparatos electrónicos por valor de un millón de dólares, habiendo mandado azucar y tabaco, según estadísticas oficiales. El mostrador sigue en actividad. Por otra parte, las relaciones diplomáticas entre La Habana y Madrid han sido siempre excelentes, a pesar de algunos latiguillos "antifranquistas" de Castro.

¿Es que Franco ayuda a la "revolución cubana"? No; es que no hay revolución cubana alguna sino para la propaganda, de la cual son víctimas las masas pero no los gobiernos. Estos saben que lo que Castro ha hecho es organizar un capitalismo de Estado y que, por ser americanos la mayoría de los capitales individuales expropiados por el Estado cubano, Castro fué a acogerse bajo el ala del principal rival de Estados Unidos. En definitiva, esa causa, militar, no ideológica, constituye todo el conflicto de Cuba.

No puede haber revolución allí donde el poder político, las armas y la economía no pertenezcan íntegramente a los trabajadores. En Cuba, éstos disponen del derecho de huelga o de palabra de la misma manera y con iguales consecuencias que en España.

## I N T E R N A C I O N A L E S

No hay paz bajo el  
terror atómico

El semanario Newsweek y tra él la mayoría de la prensa mundial han hecho públicas las medidas tomadas por Estados Unidos durante la crisis cubana, el otoño pasado, para "convencer" a Rusia de la necesidad de retirar de la isla sus cohetes nucleares:

96 bombarderos B-52 con bombas termonucleares de 25 a 50 megatonnes volaban sobre el Atlántico en espera de una orden. En tierra, 500 B-52, 800 B-47, 70 B-58 estaban en disposición de vuelo. Además, en el Atlántico Norte, 8 submarinos nu-



cleares Polaris apuntaban a Rusia 128 proyectiles (missils). Los porta-aviones de las flotas 6 y 7<sup>a</sup> se aprestaban a lanzar sus bombarderos nucleares. Y en Estados Unidos mismo 102 proyectiles Atlas, 54 Titan y 12 proyectiles balísticos intercontinentales Minuteman, estaban en posición de disparo. En Florida, 100.000 hombres estaban preparados para una invasión vertiginosa de Cuba, mientras 183 navíos de guerra escrutaban el mar junto a la costa atlántica.

Por su lado, los rusos, sin haber revelado nada hasta ahora, de seguro se aprestaban a arrojar sobre Europa y América todos sus instrumentos mortíferos, también aterradores, aunque en zaga de los americanos.

En un mundo que vive así, apabullado por el terror, cuya destrucción casi total está a merced de dos grupos de gobernantes cuyos intereses e ideas son por completo contrarios a los de la humanidad, no hay otra manera revolucionaria, o simplemente honrada de pronunciarse que esta: ¡ABAJO EL IMPERIALISMO AMERICANO-RUSO!, ¡ABAJO SU TERRORISMO MILITAR! Sin acabar con él no hay paz posible.

### Hitler, Rusia y sus aliados

El gobierno americano acaba de publicar un nuevo volumen de documentos secretos referentes a la guerra, en el cual se da cuenta de varias tentativas de paz hechas por Alemania y sus aliados. He aquí las dos más significativas

El 23 de marzo de 1943, el embajador yankee en Madrid informaba a Cordell Hull secretario del Departamento de Estado, de la siguiente comunicación procedente de Berlín, vía Bucarest: "Hitler ya no creía que Alemania pudiese ganar la guerra, pero sí poder constituir, de acuerdo con los anglosajones, una muralla contra el comunismo. Estaba dispuesto a devolver los territorios conquistados, Polonia comprendida, restaurando las fronteras de la pre-guerra. Pero quería conservar una parte de Ucrania bajo su protectorado", es decir, como nación pseudo-independiente.

Invirtiendo la tentativa, Hitler tanteaba el terreno en Estocolmo, poco después para otro acuerdo con Stalin a costa de los anglosajones. Estaba dispuesto a pagarlo, según Molotof informó a Washington, devolviendo a Rusia todos los territorios hasta la frontera de 1914, la del imperio zarista, que comprendía Polonia y los Estados bálticos, incluyendo Finlandia, entonces aliada de Hitler.

Esas dos tentativas refutan a saciedad la definición de Rusia como país socialista y Estado obrero, siquiera degenerado. Imperialismo anglosajón y hitleriano compitieron ofreciendo a Rusia ventajas territoriales. Finalmente obtuvo aun más de lo que le ofrecía Hitler. De haberse tratado realmente un sistema comunista, el primero de los ofrecimientos hechos por el fascismo habría sido aceptado como indispensable para la salvación del capitalismo. Pero no existía ninguna contradicción de sistemas sociales, y por consecuencia todas las potencias beligerantes, Rusia incluida, se comportaron como es<sup>en</sup> ellas secular costumbre.

Quienes siguen hablando de una economía rusa "no capitalista" están en la imposibilidad de conciliar los hechos con sus ideas, que llevan 25 años de retraso.

### Potencia del imperialismo

Desde hace bastante tiempo el capital yankee mira hacia Europa occidental. En los últimos años sus inversiones directas en nuevas industrias y la adquisición, por compra de acciones, de importantísimas compañías ha sobrecogido a los gobiernos de los países agrupados en el Mercado Común, principalmente el francés. Temiendo que el poder de decisión económica, base de la "independencia nacional", se les escape, han pensado en poner dificultades legales, punto menos que prohibitivas, a la inversión de nuevos capitales estadounidenses.

Ya en julio, Kennedy contestaba indirectamente a los gobiernos europeos en su informe al parlamento: "El más libre movimiento de capitales y la participación creciente de instituciones financieras y de personas extranjeras en la propiedad y en el financiamiento de los negocios americanos... servirán para reforzar los lazos económicos y políticos del mundo libre... Los valores de las firmas privadas americanas pueden y deben ser una de nuestras exportaciones mejor vendibles". Y en este mes de octubre, corroborando la política económica oficial, el presidente de la Chase Manhattan Bank, David Rockefeller, decía a los gobiernos de Europa occi-



dental: "Nuestra respuesta, hela aquí: venid y traed a vuestra vez vuestros capitales; os acogeremos con los brazos abiertos".

El gobierno Kennedy tiene, como se sabe, "el magno designio" de llegar a un mercado común con Europa occidental, más tarde extensible a otras zonas de América Latina, Africa y Asia. Sus inversiones en Europa llevan la mira de ser parte de las decisiones de cada economía nacional, y para disipar la aprensión que causan, ofrece al capital europeo la paridad: comprad las acciones de nuestros trusts, invertid en Estados Unidos cuanto os parezca. Paridad de derecho; ventaja de hecho. La potencia industrial y financiera del imperialismo yankee es tal, que salvo obstáculo legal o militar está en condiciones de preponderar incluso en países tan industrializados como los del Mercado Común. Y preponderar significa atraer a sí mayor porcentaje de plusvalía, con el subsecuente incremento de capital. He ahí la potencia del imperialismo moderno en su forma económica pura, y la razón primera de la "independencia" de las colonias. La ocupación militar y administrativa se ha hecho superflua, cuando no directamente perjudicial a la mejor marcha de los negocios imperialistas. Por eso, sólo la revolución proletaria, iniciando una producción y una distribución para el consumo, no mercantil, podrá contrarrestar la expansión de los dos principales imperialismos y producir contra ellos la rebelión de sus respectivos proletariados. Nacionalización de la economía y patriotismo son factores capitalistas, y como tales impotentes frente a fuerzas mayores de su propia naturaleza. Quieran que no, y por más que pretendan engañar al mundo diciéndose socialistas, una u otra metrópoli imperial se los subordina sin esfuerzo.

#### Dos cuartas de Internacional en un sólo gema oportunista

La escisión que el año pasado dividió en dos la Cuarta Internacional, se esclarece ya como mero reflejo de la contienda ruso-china; escisión sin principios, por consecuencia. Si el Secretariado de París es pro-Khrutchev, no deja de rendir tributo a Mao Tse-tung mientras el Buró Latino-americano, poniendo a Mao Tse-tung por las nubes apoya simultáneamente al gobierno Khrutchev. Si Pablo (Raptis) se ha convertido en honorable funcionario del gobierno de Ben Bella, lo que constituye una traición neta, Posada, el cacumen teórico del Buró Latino-americano, tiene la desvergüenza de escribir: "El mundo oscila entre dos polos, entre la guerra mundial contrarrevolucionaria que prepara el imperialismo y lo que hagan los chinos, es decir, lo que el trotskismo haga... Tal es la forma bajo la cual se presenta el trotskismo en esta etapa", palabras que, sobre ser una difamación de Trotzky, dan pábulo a nuevas traiciones. Por lo demás, ni siquiera puede tenerse la certeza de que Posada mismo no sea un funcionario de Mao Tse-tung. Sus posiciones políticas se lo consienten.

Espectáculo deprimente el de esa Cuarta Internacional corrompida por el stalinismo, en la cual nadie sobrepasa un gema de estatura política, donde la sumisión oportunista a la contrarrevolución más feroz de la historia es común divisor de sus dos ramales. Los viejos reformistas del capitalismo occidental parecen hoy gigantes junto a esos nuevos reformistas del capitalismo de Estado. En contraste, y para alabar a quienes los crean revolucionarios, citemos palabras de la última declaración escrita de Natalia Sedova-Trotzky:

"Considero que el actual régimen chino, lo mismo que el régimen ruso o cualquier otro erigido según el modelo de éste último, está tan alejado del marxismo y de la revolución proletaria como el de Franco en España". París, 9-11-1961.

#### De Polonia a la Duro Felguera.

A última hora se nos confirma un rumor del que no habíamos querido hablar por falta de certidumbre. Noticias procedentes de los medios marítimos de Gijón nos permiten asegurar que, en efecto, la zona económica rusa cubrió en buena parte la escasez de carbón causada por la huelga de 1962. Barcos españoles hicieron el transporte de Polonia a Gijón, y de aquí el carbón fue llevado a los depósitos de la Duro Felguera y de Carbones la Nueva. Si Radio Praga apoya a los mineros españoles en huelga es sin duda para vender carbón a Franco. Otro tanto ha ocurrido durante la huelga actual, lo que fortalece la posición de las compañías y de la dictadura frente a los huelgistas. Saquen los trabajadores la conclusión política que se impone.



